

RECUERDOS

No quiero tener recuerdos, no me interesan. No quiero recordar mi niñez ni quienes fueron mis padres. Repito que no quiero recordar nada. ¿En algo me beneficia recordar el país donde nací, o como eran mis hermanos? Pura pérdida de tiempo. Lo importante es el ahora, el momento en que vivo. A la gente vulgar se le llena la boca recordando a sus amigos de primaria, lo que les trajo Santa Claus las navidades pasadas, sus viajes a la playa o a algún país extranjero, el primer automóvil que compraron, la vez que su novia los besó en su primera salida, el nacimiento de su hijo primogénito, la medalla que ganaron en deportes. Y todos estos recuerdos nos los hacen de bulto: traen fotos, nos pasan videos, nos enseñan la medalla. ¡Qué pesados! A quién le pueden interesar esas idioteces, creo que ni a ellos. Yo ya borré todo de mi mente: El sabor de la comida que nos servía la cocinera de la casa, los ruidos que se oían en la noche, los brincos de Blakie, mi perra; el primer verso que escribí a la maestra de la que estaba enamorado, mi primer deseo sexual. A Martha le encantaría que me acordara ahora de ella pero no se le va a hacer, ya la olvidé para siempre. Tampoco me voy a acordar de Liliana, mi mujer, a ella menos que a nadie quiero recordar, ni su cabello rubio o sus ojos claros, su risa contagiosa, su voz grave, su cuello alto. Quizás merezca un recuerdo su cuerpo, era bello, armonioso, proporcionado, cálido al tacto. Pero nada más, ni una sola cosa más voy a rescatar de esa mujer. Bueno, sí, puedo recordar lo que la odio. Es un buen recuerdo, algo que no debo olvidar nunca. La odio por traicionera, por puta y con esto último ya está dicho todo. A mis dos hijos ya los olvidé desde hace mucho, desde que se largaron de la casa. Primero María Alicia, después Pablo. Que con su pan se lo coman. Ni los recuerdo ni les ayudo y menos los busco. Mis amigos me olvidaron antes de que yo los olvidara a

ellos. El hecho de venir a vivir a otro país bastó y sobró para que yo desapareciera de su existencia. A Matías es al único que no puedo olvidar, el muy imbécil se llevó a mi mujer. Bueno, ya tiene el castigo que se merece. Y no solamente tiene que cargar con ella sino también con su familia política: su madre, sus hermanos, primos y primas, sobrinos y sobrinas. Lo compadezco. También ya olvide mis lecturas, los miles y miles de hojas leídas. Ahora me pregunto que para qué me sirvieron, Para nada. Igual que la música que escuché o los museos que visité. Pura mierda todo. Ya no tengo recuerdos, fuera todos. Fuera los recuerdos de mi niñez, de mi adolescencia, de mi edad madura. ¡Todo fuera! ¡Abracadabra, que desaparezcan todos los recuerdos. El cien por ciento. Adiós a todos! ¡Que nunca de los nunca regresen! No, un momento, necesito uno, el único. Tengo que recordar donde puse la pistola con lo que voy a acabar definitivamente con los otros recuerdos.

Tomás Urtusástegui

Atlanta. Dic 2005